

SUB SPECIE THEATRI

"LAS GALAS DEL DIFUNTO" Y "LA HIJA DEL CAPITAN", DE RAMON MARIA DEL VALLE-INCLAN, EN EL MARÍA GUERRERO

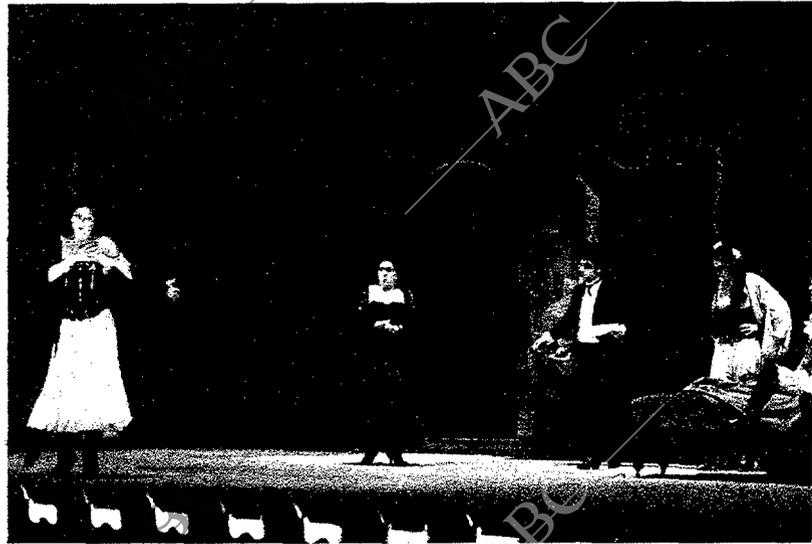
Lo primero que pone de relieve Pérez de Ayala cuando juzga el teatro de Valle es su sentido de presencia. Así es. La rotunda verdad física de este teatro, y concretamente el de los esperpentos, que son todo lo contrario del naturalismo, es su cualidad más llamativa. Es un teatro esencialmente poético que arroja una verdad física. Esto se debe a la metodología esperpéntica, cristalizada en las manos de Valle, pero que arrastra una tradición enorme, quizá desde la Edad Media, y que luego pasa por cimas como las de Quevedo, Goya, Solana... El esperpento es el instrumento teatral más desalienador que yo conozco. La capacidad de Valle-Inclán para la deformación nace exactamente de su capacidad lírica. La alienación objetiva del individuo, de la sociedad, de los mundos oficiales, estamentales, cae hecha pedazos cuando el enorme don Ramón hace discurrir las figuras por el Callejón del Gato. Pero Valle no es discutible ya ni hace falta exponer la originalidad y fuerza de su teatro. El estreno, porque esto ha sido un estreno, de estos dos esperpentos valle-inclanescos, es un acontecimiento teatral resonante, y también un resonante acontecimiento sociológico, en cuanto el hecho es soportable, ha sido viable. (Eduardo Haro Tecglén escribe en el programa de mano: «La incomodidad que se siente viendo o escuchando estas obras será, sin duda, activa. Tienen la virtud del gran teatro, o de la gran literatura, la virtud que tenían los griegos: no dejarnos en paz, no dejarnos tranquilos. Es un teatro para intranquilizar. Lo hubiera conseguido en su época —lo consiguió, sin que se le permitiera llegar al público— y tiene que conseguirlo también en ésta.»)

«Las galas del difunto» fue publicada en 1926. Es un ámbito solanesco y degradado. Valle desencadena la furia melodramática del esperpento contra ciertos valores oficiales del alma nacional, por decirlo así: el culto a los muertos, el donjuanismo. Es un entremés folletinesco elevado de categoría por causa de su deformación estructural, por el abultamiento monstruoso de «la vida tal como es». Se trata de una destrucción positiva de una forma social de vida, y el revulsivo aplicado es un pícaro, desafiador de los vivos y de los

muestrados, un quinto repatriado de Cuba. Valle toma un material de folletón, de novela por entregas, justamente para desenmascarar, por medio de la apelación a la conciencia histórica que supone el esperpento, un estado de la existencia española. Se comprende las iras que despertaba don Ramón y las rabiosas acusaciones de invarecundia, mal contenidas por la misma respetabilidad que el escritor había puesto patas arriba. En el programa que ha editado el María Guerrero, o sea, el Ministerio de Cultura, viene el texto oficial que arremetió contra «La hija del capitán». Copio una parte: «La Dirección General de Seguridad, cumpliendo órdenes del Gobierno, ha dispuesto la recogida de un folleto que pretende ser novela, titulado "La hija del capitán", cuya publicación califica su autor de esperpento, no habiendo en aquél ningún renglón que no hiera el buen gusto ni omita denigrar a clases respetabilísimas a través de la más absurda de las fábulas. Si pudiera darse a luz pública algún trozo del mencionado folleto sería suficiente para poner de manifiesto...». En «La hija del capitán» (obra que intentó publicar en 1927), Valle aprovecha y entrelaza dos grupos de materiales. Unos provenientes del asunto del capitán Sánchez, asunto compuesto de corrupción y crimen, y otros extraídos de la crítica popular al golpe de Primo de Rivera, cuyos tics personales escenifica el autor con todo aquel sentido de presencia del que hablaba Pérez de Ayala, y que vienen a ser la levadura de este esperpento. Siendo cierto, como escribe Carlos Gurméndez, que «la situación de cada hombre explica su forma peculiar de alienación», las rupturas feroces de Valle son intrínsecamente salvadoras, verdaderas apelaciones a la conciencia histórica, como antes decía, y no simples burlas del ingenio. Por encima de la actualidad, entonces como ahora, las calas esperpénticas de Valle tratan de iluminar (el esperpento viene a ser una suerte de entendimiento agente, como dirían los escolásticos) esas partes oscuras y supersticiosas de la existencia social española que se llaman «valores», y que por llamarse así se bastan a sí mismas y se sustraen (con ayuda de la Dirección General de Seguridad, como ocurrió en 1927) a cualquier aná-

lisis. Por tanto, la obra de Valle, y concretamente estos dos esperpentos, son trascendentes no sólo estéticamente, sino también sociológicamente, existen cíalmente. Una comparación de la crítica de Valle con la crítica de los hombres más tipificados del noventa y ocho (Azorín, Antonio Machado, incluso Baroja) nos haría ver la supremacía de la crítica de aquél, en cuanto la del noventa y ocho se escapa de la

pléndido, ha realizado estas dos piezas. La dirección y montaje de Manuel Collado ha investigado en la estampa de principios de siglo, que todavía es una estampa decimonónica, y ha imprimido a los personajes un dinamismo, que, en el fondo, es un dramatismo, de marionetas zarzueleras, cuyo efecto es puramente esperpéntico. Manuel Collado ha creado también, aplicando el fabuloso mecanismo



Bajo estas líneas, una escena de «La hija del capitán». Arriba, «Las galas del difunto», el otro esperpento de Valle-Inclán.



realidad mediante el sueño, la nostalgia o la esperanza; y, en el caso de Baroja, que es el más realista de todos, porque la vida es como es, porque la vida es «ansí», se escapa mediante el conformismo.

Un gran equipo, riguroso, es-

que Valle le ponía en las manos, un final insuperable para «La hija del capitán», un final marionetoide y burlesco, recreándose en la suerte esperpéntica, sencillamente porque el esperpento más que un hecho es un método.

Carlos Luis Álvarez